

RAZÓN Y PASIÓN EN LA HISTORIA

Pedro Gandolfo

R Quien haya tenido la audacia de asomarse a esa monumental obra de Hegel “Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal”¹, quizás, lo primero que retenga de su lectura es ese magno intento del filósofo que quiere conciliar la historia, con todas sus vilezas e innumerables horrores, con su carga enorme de acontecimientos negativos y también insignificantes, conciliar todo ello, decimos, con un fin último que salve y recupere ese inmenso derroche y sacrificio de caudal humano. La fe de Hegel en la razón nos llena de admiración. Es ella, finalmente, la rectora enmascarada de los acontecimientos; es ella la que por sobre o debajo del acontecer humano empuja a la historia hacia un fin tan bueno y grandioso que todo lo explica, todo lo justifica y abarca. La historia es, en fin, “la imagen y la obra de la razón”². Nos sentimos, sin embargo, incapaces de representarnos siquiera lejanamente aquel fin absoluto que Hegel caracterizara como el acto extraordinario en el que la razón se identifica y posee a sí misma o, lo que vendría a ser lo mismo, como la autoconciencia y autorrealización de la libertad³. Ello no impide confesar que esta visión de la historia universal tan hondamente optimista, nos conmueve. Pero hay, enseguida, otro esfuerzo de conciliación tan gigantesco como el anterior que embarga nuestro espíritu con no menor intensidad. En efecto, Hegel observa la historia y lo que en esta ojeada preliminar se le ofrece no es el desplegarse progresivo de la razón, no es el devenir creciente del fin en sí y por sí, sino un mezquino teatro de ambiciones e intereses individuales, un vasto y agitado escenario donde los hombres

¹Hegel, G.W.F., *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, Ed. Revista de Occidente, B. Aires, 1946. Traducción de José Gaos.

²Hegel, G.W.F., Op. cit., p. 27.

³Ídem, pp. 57 y ss.

movidos por sus necesidades y pasiones son los motores inmediatos del acontecer histórico. Pero ocurre, y ello no escapa a la penetrante mirada de nuestro filósofo, que los individuos jamás actúan conscientemente impulsados por el fin universal, sino, al contrario, por fines que siempre “tienen un lugar”⁴, esto es, un radio de acción limitado. ¿Cómo, entonces, a través de esas acciones movidas por fines particulares logrará la historia la realización de su fin último? ¿Cómo conciliar en la trama de la historia los requerimientos iguales de poderosos de la razón y de la pasión?, o dicho con palabras del propio Hegel, “¿Cómo entonces, lo universal podrá determinar la historia?”⁵. Pero he aquí que la respuesta de Hegel nos sorprende. En efecto, lejos de estimar este autor que existe oposición entre el fin de la razón y los intereses y pasiones de los individuos, por el contrario, cree que estos últimos son la energía que permite plasmar efectivamente en la historia aquel fin. No hay contradicción alguna, señala, entre razón y pasión, sino que al revés, ambas se requieren mutuamente. Esta conciliación de lo universal con lo particular, de lo objetivo con lo subjetivo se enfrenta a tantas de nuestras propias experiencias y observaciones cotidianas que exige de una justificación profunda. Manejar y exponer todos los hilos que sigue la argumentación de Hegel a este respecto es, sin embargo, una empresa que excede ampliamente los estrechos límites de este trabajo y de nuestra capacidad de comprensión. Intentaremos, con todo, servirnos de algunos hitos básicos para orientarnos en el vasto océano del pensamiento hegeliano.

Lo primero que estimamos central es la distinción, que Hegel destaca con vigor, entre el fin y su realización y aplicación efectiva. La idea absoluta, lo verdadero no goza en sí y por sí del total acabamiento y completud que podría esperarse. Al revés, la idea es lo abstracto, lo pensado, lo irreal, lo representado, lo interno, lo inactivo, en fin, lo no plenamente real⁶. La determinación substancial de la historia, el principio absoluto que la rige puede, por lo mismo, encontrarse en dos momentos: Un primer momento de abstracción en que es mera posibilidad y un segundo momento de su actuación o realización concreta. Pues bien, lo que pone en obra ese principio y le da existencia afectiva son las necesidades e impulsos de los hombres. La actividad del individuo es necesaria para liberar a la idea de su pasividad y trasladarla del ámbito interno de lo pensado y representado al ámbito externo de la historia. El principio absoluto y determinante va penetrando y

⁴Ídem, p. 62.

⁵Ídem, pp. 65, 66.

⁶Ídem, p. 48.

organizando el mundo por medio de los individuos y ese largo proceso es la historia. “Lo universal —afirma Hegel— debe realizarse a través de lo particular”⁷. Resulta, entonces, que “la idea”, “lo absoluto”, cuya realización completa es el fin último de la historia, eso tan maravilloso que es capaz de justificar tantos sacrificios y hacer perdonar tantos crímenes, necesita para alcanzar su plenitud de lo contingente y particular, necesita del individuo y sus pasiones. Esta paradoja nos sorprende otra vez y nos coloca ante la duda de si acaso esos dos polos que Hegel llama de tantas maneras no sean sino las caras de un todo más amplio y extenso que abrace en sí lo universal y lo particular, lo objetivo y lo subjetivo, lo pensado y lo vivido, lo abstracto y lo concreto.

Ahora bien, Hegel tiene muy en claro que si el hombre realiza algo es porque ello le importa, es decir, es de su interés y, por lo mismo, busca con su actuar una satisfacción para sí mismo. Entonces, es indispensable para que el individuo colabore con la realización efectiva del fin absoluto de la historia universal, que este fin se le muestre como su propio fin, proporcionándole algún grado de satisfacción personal. Entre los intereses y pasiones individuales y el fin universal tiene que lograrse una coincidencia y participación que permita que el individuo, sin dejar de satisfacer un interés particular contribuya, simultáneamente, a la realización de la idea en la historia. El ámbito y lugar escogido por Hegel para ese extraordinario encuentro constituye, a nuestro entender, una de las observaciones centrales y decisivas para el despliegue posterior de su pensamiento. En efecto, lo que el filósofo percibió es un hecho, que, una vez comprendido en su significado más simple, puede ser constatado por todos nosotros en la vida cotidiana, a saber: los hombres en su gran mayoría y en la casi totalidad de sus comportamientos y actitudes actúan no sólo impulsados por caprichos o intereses egoístas, sino que sus fines están siempre entrelazados con determinaciones esenciales y universales. Lo importante es que esas determinaciones no son cualesquiera, sino las de un pueblo o Estado en particular. Todo individuo pertenece a un pueblo y nada puede hacer sentir, pensar o querer sin referirlo a las costumbres, a los usos, a la moralidad y al derecho que ese pueblo se ha dado. Es en un Estado específico, pues, donde se da la coincidencia de la pasión o interés particular con el espíritu universal; la unión de lo subjetivo y lo objetivo⁸. Vemos aquí, eso sí, una cierta moderación en las ideas. Por un lado, el espíritu universal adopta un contenido determinado y finito, es el fin

⁷Ídem, p. 67.

⁸Véase, *Op. cit.*, p. 89.

de un pueblo; lo que Hegel llamará el “Espíritu del Pueblo” (*Volkgeist*). Por otra parte, las pasiones o intereses son aquellas propias del hombre medio, educado, denominado por él como “Conservador”. En ellas se combinan, según dijimos, el punto de vista de finitud, de la individualidad que persigue fines particulares y goce personal, con la búsqueda de fines universales.

Con todo, en ningún caso la unidad o conciliación entre la razón y la pasión, que se da primariamente al interior del Estado, acontece de una vez y para siempre. Es ella el resultado de un esfuerzo, de una progresión y ajuste permanentes que Hegel llama “Educación”. El hombre educado es, precisamente, aquel que ha sabido enfocar e imprimir en su conducta la orientación hacia lo universal, dejando de lado lo puramente particular. Así el sujeto es educado en la medida que haga coincidir sus propios fines e intereses con los intereses y fines universales que son los que le indica su pueblo o Estado y, más concretamente, la clase, o gremio al cual pertenece. En ningún momento este ajuste es pacífico y acabado, ya que, como lo dice Hegel, es una lucha larga y difícil, en la que a ratos resurge el “Salvaje”, el no “Educado” con sus rudezas y caprichos⁹.

El Estado es para Hegel el punto de equilibrio entre lo universal, que adopta allí la modalidad del “espíritu de un pueblo”, y lo individual, que se presenta bajo la forma del “individuo conservador o educado”. De este término medio es posible, no obstante, discernir dos líneas que corren en direcciones diversas.

En efecto, se puede advertir en la obra del pensador alemán, aunque a veces algo oculta, la presencia de un individuo que actúa movido por pasiones puras, caprichos egoístas sin vinculación alguna con un fin universal. Se trata del individuo “atómico”, al que corresponde una subjetividad pura, aislada, cerrada en su finitud y particularidad. Este sujeto y sus conductas caen, según Hegel, “fuera del teatro y de la esfera de la historia”¹⁰. Esta línea representa en el pensamiento hegeliano la dirección de la nada, del aniquilamiento más absoluto, pues fuera de su pueblo, del Estado al cual pertenece, el individuo desaparece por completo. En consecuencia, aquellos hombres que por sobre la moral y el derecho de su pueblo quieren construir una “moral del egoísmo”, del amor a sí mismos, recibirán el máximo repudio de Hegel. Pero existe otra dirección en el pensamiento de este autor y a ella corresponden los individuos históricos o “individuos de la historia universal”. Estos sujetos se caracterizan porque se abandonan por entero a un único fin que no es el fin de un Estado o pueblo determinado, sino el

⁹Véase, Op. cit., pp. 50, 51.

¹⁰Hegel, G.W.F., Op. cit., p. 75.

contenido universal y superior de la idea. Los individuos “conservadores” a que nos referimos antes, por medio de sus pasiones sirven también al devenir del fin absoluto de la historia universal, pero en la figura y aspecto que éste reviste en cada Estado. En cambio, los individuos de la historia universal se nutren directamente del espíritu universal sin pasar por la mediación de un pueblo o Estado y, por eso, su acción se opone con frecuencia a las opiniones, intereses y fines del Estado del cual son miembros. Hegel llama a estos sujetos “héroes”, “grandes hombres” y también “los clarividentes de su mundo”¹¹, esto es, los que perciben la progresión futura de la idea porque en ellos coincide perfectamente el fin particular y el fin universal. Los grandes individuos de la historia han hecho suya una fase del desarrollo del espíritu universal, que no es aquella en que se encuentra el Estado al cual pertenecen sino una futura, y esa apropiación los lleva hasta el extremo de la total consumación. En otras palabras, en estos “individuos universales” la realización del fin de la historia se ha transformado en una pasión, pero no de aquella especie de pasiones medias, híbridas, hasta cierto punto, calmadas, que surgen y agitan el espíritu del “individuo conservador”, del educado hijo de un Estado. La pasión que se apodera del gran hombre de la historia es de otro tipo: es una gran pasión. Ahora, Hegel define la pasión “como la actividad del hombre impulsada por intereses particulares, por fines especiales, o si se quiere, por propósitos egoístas, de tal suerte que los individuos ponen toda la energía de su voluntad y carácter en dichos fines, sacrificando los demás fines posibles o mejor dicho los demás”¹². Esta noción, del todo equivalente con la que aparece en la *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*¹³, destaca dos rasgos de la pasión, su carácter formal y su carácter excluyente. En efecto, la pasión se caracteriza, por una parte, porque el individuo ha puesto todo interés y la voluntad, todo el goce y el ánimo en la satisfacción de un único contenido o fin con exclusión de cualquier otro. Por otra parte, la pasión tiene, en principio, una determinación puramente formal, y en ese sentido, no es buena ni mala. La pasión es la energía, el elemento activo de los actos individuales, y como tal, puede colocarse al servicio de cualquier fin.

Pero, ¿qué ocurre si confrontamos esta noción de pasión con aquellas pasiones que agitan y arrastran a los individuos en la historia? Vemos, en primer lugar, al individuo “atómico”, aquel que ha tomado el camino de

¹¹Ídem, pp. 77, 78.

¹²Ídem, p. 67.

¹³Hegel, G.W.F., *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*, Ed. Porrúa, S.A., México, 1973. Traducción de E. Ovejero y Maury, párrafo 474.

acentuar su individualidad y subjetividad. A este sujeto lo veremos impulsado habitualmente por una multiplicidad de intereses y pequeñas pasiones que lo reclaman en direcciones opuestas: rara vez, en cambio, se nos aparece cogido por aquella única y gran pasión. Por su parte, el individuo conservador del derecho y la moralidad de un Estado, el sujeto educado, hijo de su pueblo, tampoco es un hombre de grandes pasiones. Al contrario, cuando este individuo no respeta los límites que la moralidad y el derecho quieren imponerle, infringiéndolos, éstos se vuelven contra él mismo y confirman su poder y su vigencia. Sólo en relación con los “grandes individuos”, los individuos de la historia universal, son posibles las grandes pasiones. En éstas el individuo, la subjetividad, desaparece, se aniquila al servicio de la idea. En ellas se da la síntesis perfecta y completa entre lo universal y lo particular. La “gran pasión” hegeliana puede tener como único fin y contenido al fin universal de la idea. “El fin de la pasión y de la idea es, por tanto, uno mismo”, nos dice Hegel, y agrega: “El modo cómo aquí el espíritu en su particularidad subjetiva se identifica con la idea es, por decirlo así, algo animal”¹⁴.

Cuando Hegel proclama que “nada grande ha sido hecho en el mundo sin pasión”¹⁵ “lo grande” que ha de ser realizado en el mundo no es sino el contenido universal de la idea absoluta. La pasión es la condición necesaria del advenir de lo universal, pero no, reiterémoslo una vez, cualquier pasión. Sólo la gran pasión, la propia de los grandes hombres nos conecta y aproxima con lo grande. De lo contrario el espíritu universal permanecería anclado en una de sus fases particulares representada por un Estado y conservado indefinidamente por los individuos “educados” y sus simples pasiones. Es la gran pasión la que rompe esa tranquilidad y ese orden y arrastra al acontecer hasta un momento superior en el devenir de la idea absoluta. Creemos, sin embargo, que esto mismo puede ser dicho en el sentido inverso: así como “lo grande, el fin universal”, requiere del motor de la gran pasión para realizarse en la historia, también ésta sólo encuentra en el fin universal y absoluto el contenido y determinación que la satisface en plenitud. En él la gran pasión pierde ese carácter formal con que se manifestara originalmente. La gran pasión es la substancia universal misma hecha energía y actividad.

En resumen, la conciliación entre lo universal y lo particular, apoyada en un punto de equilibrio, cual es el Estado con individuos conservadores de su derecho, religión y moral, individuos impulsados por pasiones moderadas, mezclas de particularidad y universalidad, se abre en dos grandes direccio-

¹⁴Hegel, G.W.F., *Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal*, p. 80.

¹⁵Ídem, p. 67.

nes: la del individuo aislado que ha desarrollado al máximo su subjetividad, que es la dirección de la nada, y la del gran individuo de la historia universal que, olvidándose de sí mismo, se ha entregado por entero al servicio del fin absoluto de la historia, que es la dirección del Ser. Al primero corresponden las pequeñas pasiones, al segundo, la gran pasión. Esta identificación entre razón y pasión, por tanto, está lejos de ser una conjunción rápida, instantánea y fácil. Al contrario, como todo en Hegel, es el resultado de un arduo proceso, con avances y retrocesos, en los que se entrelazan y confunden pequeñas pasiones, simples pasiones y grandes pasiones.

Si reflexionamos con cuidado sobre el cuadro de la historia tal como lo describe Hegel no puede dejar de provocarnos una cierta sensación de desencanto, a pesar de su radical optimismo. En efecto, ¿de qué nos sirve aquella armonía futura prometida, de qué nos vale la certeza del advenimiento del fin absoluto de la historia universal a nosotros que ahora sufrimos, que en este momento somos víctimas de injusticias, de soledad o miseria? La historia no es el escenario de la dicha o de la felicidad personal, se encarga de recordarnos Hegel¹⁶. Por el contrario, el hombre, incluso el "individuo universal", es llevado y exprimido por los acontecimientos inmisericordemente. Es el célebre "ardid de la razón". Los individuos y sus pasiones son abandonados y sacrificados por la razón que, sin sufrir daño para sí, los utiliza como medios para alcanzar su fin. Tal vez ese fin hacia el cual la historia se encamina sea efectivamente muy extraordinario y valioso, pero aún así podemos lamentarnos legítimamente por el destino de todos aquellos que murieron y padecieron sin llegar a verlo ni a gozarlo¹⁷. Creemos que de algún modo Hegel también compartía esta inquietud. Así lo demuestra ese postrero retorno hacia el valor de lo individual que se advierte en su pensamiento. Existe en el individuo un ámbito cuyo valor no se mide por su mayor o menor conformidad en el fin absoluto de la idea, un núcleo que permanece ajeno al devenir de la historia universal. Ese pequeño pero impenetrable refugio es la íntima conciencia del sujeto, el "hogar de la voluntad"¹⁸, el sagrado recinto donde el individuo, en la soledad más completa, se decide por el bien o por el mal. Parecen dibujarse, así, dos historias en la obra de Hegel: una universal, la otra individual; una pública, la otra íntima, historias que son como el anverso y el reverso de lo mismo: la tragedia del hombre cogido entre lo finito y lo infinito.

¹⁶Ídem, p. 73.

¹⁷Véase al respecto las estremecedoras palabras que Dostoyevski pone en boca de Iván en su obra "Los Hermanos Karamázov", *Obras completas*, Ed. Aguilar, España, 1964, Tomo III, pp. 191 y ss.

¹⁸Hegel, G.W.F., *Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal*, p. 86.